

Miradas (literarias) cruzadas. Apuntes para un breve recorrido en torno al tema de la complicidad civil en los casos del regimen nazi y la reciente dictadura argentina. Carlos Gamerro y Hermann Broch

RESUMEN: Tanto el nazismo como el más reciente régimen militar argentino requirieron, como toda dictadura, de la complicidad, activa y pasiva, de buena parte de sus respectivas sociedades. La historiografía y la literatura han ido dando cuenta de las diversas formas que puede asumir esta complicidad. Este texto pretende hacer un breve recorrido en torno a algunas aproximaciones literarias sobre este tema, tomando como ejes dos novelas claves al respecto: *El secreto y las voces* de Carlos Gamerro para el caso argentino, y *El maleficio*, de Hermann Broch, para el caso alemán.

PALABRAS CLAVE: Argentina, Alemania, complicidad civil, Gamerro, Broch.

ABSTRACT: Both nazism and the most recent military regime in Argentina required, as all dictatorships do, the complicity of a vast part of their societies. Historiography and literature have exposed the different forms in which this complicity has acted. This essay makes a brief journey through some of the literary approaches to this theme by taking two novels as axis: Carlos Gamerro's *El secreto y las voces* for the Argentinian case and Hermann Broch's *El Maleficio* for the German.

KEY WORDS: Argentina, Germany, civil complicity, Gamerro, Broch.

Gilda Waldman M.
Universidad Nacional
Autónoma de México

Artículo recibido el
01/06/2015 y aceptado
el 06/10/2015

VERBUM ET LINGUA

NÚM. 6

JULIO / DICIEMBRE 2015

ISSN 2007-7319

En un artículo publicado el 25 de marzo del 2000 en el periódico “*página12*”, el escritor argentino José Pablo Feinmann escribía:

Adorno y Horkheimer señalaron a Auschwitz como el hecho que quebraba la tradición de la cultura occidental. Siempre (o, para decirlo con rigor, desde la aparición de los campos de detención clandestina en este país, el nuestro) pensé que el dictum adorniano acerca de Auschwitz nos incluía doblemente. Porque nosotros hemos repetido Auschwitz. No importa si en mayor o menor medida. Si Auschwitz quebró la tradición de la cultura occidental, la cultura argentina fue quebrada in situ,

en su estricta particularidad, por los campos de exterminio de la dictadura. La ESMA es nuestro Auschwitz. (Feinmann, 2000)

Ciertamente, y más allá del origen judío de Feinmann por línea paterna, la más reciente dictadura argentina sensibilizó a la sociedad argentina sobre el Holocausto, sacándolo del círculo estrictamente judío para ubicarlo en un diálogo de mutuas referencias. Pero si bien Argentina vivenció el período de la dictadura y su cauda de represión y muerte como similar a la experiencia del Holocausto en Europa, y un escritor como Feinmann apelaba al símil del período nazi para buscar una identificación entre lo ocurrido en ese país con el fenómeno que, por antonomasia, significa un punto sin retorno en la historia política y cultural de Occidente, al tiempo que el imperativo del ¡Nunca Más! como enseñanza moral del Holocausto era retomado en el Informe de la Comisión de la Verdad presidida por Ernesto Sábato, no se puede dejar de reconocer que, en un sentido estricto, hay marcadas diferencias entre el régimen nazi y la dictadura argentina. En el primer caso, se trataba de “una dictadura terrorista que no tuvo límite para la represión de quienes consideraba sus enemigos” (Kershaw, 2004:274), y en la que, a partir del principio de la superioridad de la raza aria, el antisemitismo fue el breviario ideológico de su acción política, asumiendo como principio rector no sólo que los judíos individualmente eran inferiores o malévolos, sino que colectivamente constituían un peligro mortal para Alemania y para el mundo en general. El odio a los judíos, por el simple hecho de serlo, fue el eje de la ideología

nazi, el centro de su proyecto político. En el caso argentino, y sin negar el carácter antisemita del régimen y el “trato especial” a los militantes de izquierda judíos detenidos por las fuerzas represivas (Goldman y Dobry, 2014), la dictadura instaurada en 1976 en un entorno de radicalización política, auge de los movimientos de masas, crecimiento del activismo de izquierda marxista y peronista y un intenso proceso de conflictividad social tuvo un carácter político, más que étnico. Ella dirigió sus dardos contra miles de ciudadanos considerados “subversivos” –fuesen organizaciones guerrilleras (ya prácticamente extinguidas en marzo de 1976) o militantes sociales o sindicales vinculados a la búsqueda de un proyecto tendiente a transformar las condiciones socioeconómicas y culturales del país– aunque también es cierto que la represión se amplió hasta alcanzar a civiles sin militancia política. El argumento para dicha represión era la necesidad de terminar con el “flagelo subversivo” que disentía de la moral “occidental y cristiana” y amenazaba “los valores de la nación”, todo ello en el marco de la doctrina de la Seguridad Nacional. Si el proyecto nazi consistía en re-organizar Europa (y, en última instancia, al mundo) con base en principios raciales, lo cual implicaba la liquidación de los judíos en un registro demencial, la dictadura argentina secuestró, torturó e hizo desaparecer a una generación dedicada al activismo social, desmantelando a las organizaciones populares y “reorganizando” a la sociedad para preservar los valores de “patriotismo” y “decencia”. La represión, aunque enfocada a suprimir las expresiones guerrilleras, se dirigió en contra de toda expresión de activismo político, sindical y de militancia social. Por otra parte,

el carácter totalitario del régimen nazi (en el que el Estado controlaba toda la vida social bajo el dominio de un partido y un líder únicos) necesitaba de una eficiencia disciplinaria y propagandística, algo que en Argentina no se produjo. A pesar de que la sociedad argentina fue “aplacada” a través de diversas estrategias de sometimiento, la dictadura argentina nunca alcanzó un apoyo de masas semejante al que sostuvo al régimen nazi. Sin embargo, a pesar de las diferencias, existieron también grandes similitudes y vasos comunicantes entre ambos regímenes. Por ejemplo, en ambos casos, existió una violencia dirigida desde el Estado, que anulaba garantías y derechos democráticos. De igual modo, tanto en Argentina como en Alemania se construyó un “enemigo interno” al que había que segregar y destruir, para lo cual se puso en funcionamiento en ambos países un mecanismo que requirió poner a la totalidad de las instituciones del Estado al servicio del terror mediante la exclusión de determinados espacios sociales, el encierro en un espacio físico (ghetto, campo de concentración, centro clandestino de detención), y la consecuente deshumanización, que facilitó la etapa final del exterminio: cámaras de gas en el caso nazi, desaparición en el caso argentino. De igual modo, otros vasos comunicantes fueron la diseminación del miedo hacia la sociedad, la planificación racional de la muerte, el uso de eufemismos (“solución final”, “traslados”), la desaparición de cuerpos y huellas, e incluso hasta el robo de niños (práctica utilizada por primera vez en la España franquista).

La magnitud de la devastación física, social y moral producidos tanto por el régimen nazi como por la dictadura argentina afectó todos los sistemas de representación

conceptual y artística. Si Adorno se preguntaba cómo escribir después de Auschwitz y Günther Grass señalaba que Auschwitz, “aunque se rodee de explicaciones, nunca se podrá entender” (Grass, 1999: 12) porque traspasa el límite de la racionalidad humana Juan Pablo Feinmann hacía resonar esa reflexión en el contexto de la postdictadura argentina y se preguntaba: ¿Cómo escribir después de lo que significó la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA), el más siniestro centro clandestino de detención de Argentina? Pero, al mismo tiempo, cabe preguntarse: ¿puede acaso vivir el ser humano sin la imaginación creadora del arte y la literatura? Refutando la dolida afirmación de Adorno, la creación literaria—memoria, exploración desde los intersticios que permite “calar” en la realidad más profundamente que otros discursos presuntamente más objetivos, “radiografía” de un periodo histórico a través de la ficción— ha crecido sostenidamente, tanto en lo referente a lo que fue el nazismo y el Holocausto como en lo relativo a lo que fue la más reciente dictadura argentina. En ambos casos, la vastedad de temas, géneros y recursos artísticos reflejan un extenso universo creativo hasta el punto que podrían llenar bibliotecas enteras. Desde, por ejemplo, la dramática recreación de la Alemania previa a Hitler en la que se incubaba el huevo de la serpiente del nazismo (Roth, 1991) con personajes aterrorizados ante la amenaza que se avecinaba (Isherwood, 2014) hasta los diarios, crónicas y memorias escritos en los ghettos (Roskies, 1989; Ringelblum, 1989); desde la pesadilla de la vida de un niño que se niega a crecer durante la Segunda Guerra Mundial (Grass, 1978) hasta el relato (ficticio) de un oficial de las SS que nos hace

revivir los horrores de la Segunda Guerra Mundial desde el lado de los verdugos (Littell, 2007); desde los testimonios sobre la realidad de los campos de concentración y exterminio (Levi, 2002, Semprún, 1995; Wiesel, 1987, Kertesz, 2014) hasta el debate reciente sobre si también se puede hablar de Alemania como de un pueblo de víctimas (Sebald, 2003); desde la resistencia contra el nazismo en Praga (Binet, 2011) hasta el sentimiento de culpa del mundo alemán frente al judío, como parte de un pasado que marca el presente de quien no vivió ese proceso (Schlink, 2009); desde la inmersión en la memoria clausurada del antisemitismo francés y su colaboración con el régimen nazi y la solución final (Modiano, 2012) hasta el impacto de por vida de las consecuencias traumáticas de lo vivido (Appelfeld, 2013). También en el caso argentino, la última dictadura ha sido, y continúa siendo, una de las vertientes más importantes de la narrativa actual, desde la extrema elusión (Piglia, 1980) hasta los testimonios de la experiencia represiva en centros clandestinos de detención (Bonasso, 1984; Strejilevich, 2007); desde los relatos sobre militantes que se “quebraron” y se involucraron afectivamente con sus torturadores (Hecker, 1996) hasta los dilemas de los militantes que buscaron reinsertarse en una sociedad democrática que ya no compartía sus ideales setentistas (Feijoo, 2001); desde el secuestro de bebés (Osorio, 2006) hasta la voz y el punto de vista de los victimarios (Gusman, 2006); desde el espectro de los desaparecidos (Eloy Martínez, 2008) hasta las voces de los niños o adolescentes que vivieron lateralmente, de manera no directa, la represión pero cuyas vidas quedaron marcadas por ella. (Alcoba, 2008; Andruetto, 2010).

Pero fue hasta el año 2002, cuando el escritor Carlos Gamerro publicó la novela *El secreto y las voces* (2002) que se colocó en el centro de la discusión un tema incómodo: la cuestión de la complicidad civil de la sociedad argentina con la última dictadura. En otras palabras: ¿Cuál fue el grado de implicación de la sociedad argentina con el régimen militar? ¿Qué formas asumió la complicidad? ¿Cuál fue el límite entre el consentimiento provocado por el terror y el silencio que devino consenso tácito? El tema no era totalmente nuevo. En una serie de artículos publicados en la revista *Punto de Vista* en 1986 y reformulados para su publicación el año 2002, Hugo Vezetti señalaba que, en contraposición con la “teoría de los dos demonios”, que interpretaba el pasado dictatorial como el enfrentamiento de dos terrorismos opuestos, y más allá de la “responsabilidad criminal” de los culpables militares o de la “responsabilidad política” de quienes apoyaron o colaboraron directamente con la dictadura, cabía preguntarse por la responsabilidad de una sociedad “no sólo por lo que activamente promovió y apoyó sino incluso por aquello que fue incapaz de evitar” (Vezetti, 2002:41) y que “aportó su conformidad pasiva a las faenas de la dictadura”. (Vezetti, 2002:42). A su vez, en 1999 el escritor y dramaturgo Eduardo Pavlovsky llamaba la atención sobre “la compleja temática de la complicidad civil como sostén ideológico de la dictadura militar y el genocidio” recordando que “durante el proceso militar un sector de la población, por variadas y múltiples circunstancias, fue complaciente o indiferente al terrorismo de Estado” (Pavlovsky, 1999). La literatura también había abordado, aunque de manera tangencial, el

tema. El escritor Luis Guzmán, en su novela *Villa* (2006), publicada originalmente en 1995, iluminaba la compleja relación entre la complicidad civil y la represión militar a través de la narración en primera persona de la historia de un médico mediocre y oportunista, subalterno en la jerarquía de poder, que colaboró con los Escuadrones de la Muerte durante el período final de la presidencia de Isabel Perón y más tarde en los primeros tiempos de la dictadura militar extendiendo falsos certificados de muerte o atendiendo torturados. Aunque es un civil, participó directamente de los crímenes de Estado. Miserable éticamente, no sentía ninguna culpa por su complicidad (y participación) en el quehacer criminal. Por el contrario, a sus ojos, él es una víctima más en una atmósfera signada por el miedo, la desconfianza y la inseguridad. Pero es la novela de Gamarro la que abre de manera clara y explícita las interrogantes cruciales en torno al papel de la sociedad en violencia política dictatorial, más allá de la trama de complicidades y apoyos de empresarios, jueces, abogados, dirigentes políticos, sindicalistas, miembros de la Iglesia, periodistas y dueños de los medios masivos de comunicación. ¿Es posible sostener que “nadie sabía” o que “todos sabían”?, se pregunta Gamarro. ¿Cuál es la gradación de matices entre esos dos extremos? ¿Qué se sabía? ¿Quién sabía? ¿Qué información tenía la sociedad argentina acerca de los mecanismos represivos del gobierno militar? En *El secreto y las voces* Gamarro acentúa una dimensión específica: la de quienes decidieron no saber, y en este sentido, se acerca a los planteamientos de Pilar Calveiro, quien en su libro *Poder y desaparición* (1995) señala que las desaparicio-

nes –el quehacer represivo más criminal de la dictadura– no eran un asunto secreto, tal como también lo confirma el Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (1985), el cual documenta que los secuestros se realizaban en la mayoría de los casos ante testigos, los operativos eran realizados a cara descubierta y con un voluminoso arsenal de armas, y los coches de las fuerzas de seguridad circulaban sin placas de identificación, etc. (Para reiterar lo anterior, no puede dejar de señalarse que un documental realizado en 1996 y que recogió testimonios de vecinos que habitaron durante la dictadura en barrios en los que funcionaron centros clandestinos de detención y tortura evidenciaba que

algo de la clandestinidad de los centros de tortura desbordaba y penetraba el barrio dejando rastros que eran percibidos por los vecinos tanto en forma visual como auditiva. Prueban, también, que la información circulaba, que existían rumores y también diversas conjeturas sobre lo que ocurría. Prueban, finalmente, que no sólo quienes tenían vínculos directos o indirectos con la militancia contaban con algún tipo de conocimiento sobre los mecanismos represivos del régimen. En definitiva, nos sirven de indicio para cuestionar la imagen arraigada de la sociedad como víctima ignorante y pasiva. (Levin, 2005).

La novela de Gamarro plantea, de manera clara, que la experiencia represiva no fue un fenómeno aislado o ajeno a la sociedad argentina. Si, tal como lo documentó el Informe de la Comisión Nacional sobre

la Desaparición de Personas el lugar de los perpetradores y las víctimas era nítido, y se podían evidenciar los secuestros, las ejecuciones, las torturas, las desapariciones –y más adelante, la apropiación de niños– ¿cómo representar literariamente, en cambio, la participación de quienes vieron lo que sucedía y no hicieron nada, o la de los vecinos que ocasionalmente realizaron delaciones, o la de quienes no abrieron la puerta cuando una víctima perseguida buscó ayuda, o la de quienes fueron indiferentes, callaron, justificaron o aceptaron?

Cuando apareció *El secreto y las voces* todavía resonaba en el escenario cultural la polémica desatada por la publicación en 1996 del controvertido libro de Daniel Goldhagen *Hitler's Willing Executioners (Los verdugos voluntarios de Hitler, 1997)* que replanteaba –de nueva cuenta– las interrogantes sobre las responsabilidades colectivas de Alemania en el Holocausto, haciendo una afirmación que cimbró no sólo al mundo académico sino también a la opinión pública: era el conjunto de la sociedad alemana la responsable de lo sucedido, dado que, a su juicio, no fueron las dificultades económicas, ni los medios de coerción de un Estado totalitario los que llevaron a los crímenes contra los judíos, sino las ideas antisemitas, difundidas desde tiempo inmemorial en toda Alemania. Correcta o no, la tesis de Goldhagen causó, en especial entre la juventud, un verdadero revuelo en Alemania, un país que había negado la noción de responsabilidad colectiva, aunque los dirigentes de la posguerra hubieran reconocido la responsabilidad moral del país por su pasado nazi. El libro de Goldhagen contribuyó a estimular el despertar de una conciencia histórica en Alemania, país en el

que durante varias décadas no se había realizado un esfuerzo serio para reconocer el alcance de los terribles crímenes cometidos, optando por la negación, la racionalización o el olvido.

Gamerro sitúa la novela en Malihuel, un pueblo ficticio de la provincia de Santa Fe, al que convierte en caja de resonancia de lo que fue la violencia represiva a nivel nacional. El hilo conductor es el narrador, Felipe Félix (Fefe), quien regresa a su pequeño pueblo natal después de veinte años con el pretexto de escribir una novela, pero en realidad para realizar una investigación que esclarezca el secuestro, asesinato y posterior desaparición de Darío Ezcurra, hijo (playboy) de una importante familia de la localidad quien era, al mismo tiempo, periodista del diario de Malihuel, quien se convierte en el chivo expiatorio de los militares que le exigen al Comisario del lugar su cabeza, no por causas estrictamente políticas sino por un entramado de conflictos familiares de larga data, y en la que las transacciones entre el poder político y el económico se entretajan con el asesinato y desaparición de personas. Pero: ¿Cómo secuestrar y desaparecer a un importante personaje del pueblo con total impunidad, eludiendo las consecuencias de un crimen que no podría pasar desapercibido? ¿Cómo cometer un secuestro y un asesinato que no podrían pasar desapercibidos? En el verano de 1977

Se comete un crimen en Malihuel. Tres mil habitantes. Todos se conocen. Esa noche no había extraños en el pueblo. O sea, el asesino tiene que ser uno de ellos. Todos sospechan de todos. O quizás sea una conspiración,

en la que todo el pueblo esté de acuerdo”. (Gamerro, 2002: 17).

Desde un inicio sabemos también, a través de las múltiples voces que hacen su aparición en la novela, que el asesino de Ezcurra, el que recibió la orden militar de desaparecerlo, es el jefe de la policía de Malihuel, el comisario Neri. Para ocultar el secuestro y posterior asesinato en un pueblo tan pequeño, Neri decide asegurarse la complicidad, o al menos el silencio, de todo Malihuel, a través de una consulta puerta a puerta en la que las respuestas, aun variando en sus matices (entusiasmo, reticencia, incredulidad, ambivalencia) en última instancia, aun por omisión y convirtiendo a los testigos en cómplices, avalan y legitiman el crimen. Como señala uno de los personajes de la novela: “El crimen perfecto es justamente aquél que se comete a la vista de todos: porque entonces no hay testigos, sólo cómplices”. (Gamerro, 2002:231-2). Se trata, en el fondo, de “la crónica de una muerte anunciada” de un “secreto a voces” que contribuye a sostener, colectivamente, el trágico quehacer represivo. Todos en Malihuel están enterados, con brutal desnudez, de los acontecimientos que sucederán, pero casi nadie le advierte a Ezcurra el destino que le espera.

Yo le avisé, sí, claro que le avisé, hubiera sido criminal no hacerlo, incluso a pesar del riesgo. Para mí, lo que resulta difícil de creer es que nadie más lo haya hecho. Éste era su pueblo, muchos de los que le dieron la espalda habían sido amigos de su padre, habían estado presentes en su bautismo, lo vieron jugar en la plaza, crecer... (Gamerro, 2002:82).

Pero nadie lo defiende.

Hicimos lo posible por no cruzarnos con Ezcurrita en todo el día. No fue por miedo, al menos en mi caso, fue por vergüenza. Si no le había dicho nada hasta ese momento, ¿con qué cara iba a decírselo ahora?” (Gamerro, 2002:129-130).

Tampoco nadie se atreve a contarle la verdad a la madre de Darío Ezcurra, enloquecida de dolor ante la tragedia. La responsabilidad individual se desplaza a la responsabilidad colectiva en torno a un pasado que involucra, de diversos modos, a todo el pueblo en una trama criminal en la que todos son, en última instancia, culpables. En su investigación, Fefe recorre casa por casa recogiendo testimonios, y la acumulación de distintas voces le ofrecen múltiples versiones del mismo hecho: el secuestro, asesinato y posterior desaparición de Ezcurra. Las voces de sus interlocutores, a veces contradictorias y a veces coincidentes, que niegan o confirman, que se acusan, que saben y no dicen, que vuelven una y otra vez sobre sí mismas ¿para relatar la verdad o encubrirla? van dibujando la figura de un secreto que todos compartieron, que todos tratan de eludir, y que todos han tratado de olvidar, incluyendo al propio Fefe, que presenció el secuestro de Ezcurra –su padre, aunque éste no lo reconociera legalmente como hijo– y lo borró de su memoria tampoco él es inocente. Pero las voces son, asimismo, una réplica de los discursos que estigmatizaban a quienes fueron víctimas de la violencia dictatorial. No sólo se trataba de que Darío Ezcurra “era el playboy del

pueblo”, “era un estafador”, “fue un lío de faldas” sino también de que existían voces que afirman que “fue un asunto de negocios en que estuvieron involucrados montoneros”, “era un guerrillero”, “lo mató la propia guerrilla”, “si tuvo problemas es porque se los buscó”, “la policía nos hizo un favor al matarlo”. Pero, ¿era acaso Neri el único responsable? Uno de los personajes titubea:

Me apuro a decir lo que me carcome antes de quedarme sin aire. Empiezo a pensar, le digo-, que no se equivocan los que dicen que Neri lo quería salvar a Ezcurra. ¿Puede ser, o no, que fuera sincero, que realmente creyera que avisando a todos iban a frenarlo, que fue el instrumento, el verdugo pero no el juez de lo que el pueblo quería; que fue Malihuel, y no él quien decidió que Ezcurra muriera y que después (empieza a dolerme, la boca del estómago) se lavaron las manos, cargaron las culpas sobre él (ya no consigo tragar aire a fondo), lo chivaron y hablan mal de él para cubrirse, que al matar a Ezcurra no hizo más que acatar la voluntad popular?’. (Gamerro, 2002:88).

Los discursos de los habitantes de Malihuel, veinte años después del secuestro, asesinato y desaparición de Ezcurra se mueven en toda la gama de la negación, del no saber, del no querer saber, de las verdades a medias, reconstruyendo el crimen, especulando acerca de sus causas, armando un rompecabezas del cual todos son engranajes y no sólo testigos ajenos al pasado. Ciertamente, hay culpables precisos pero no hay inocentes: todos han

colaborado, actuando desde la acción directa hasta la omisión y el silencio. La multiplicidad de voces de los habitantes de Malihuel rememora, pero como todo ejercicio de memoria, es ficcional, selectivo, y juega con el olvido, con lo oculto, con el silencio, que se va transformando progresivamente en un grito insoportable. Las formas del silencio son diversas y van ocupando progresivamente todos los intersticios del relato. Con el objeto de deslindar la propia responsabilidad ante un crimen efectuado con el consentimiento de toda la población o con el fin de aferrarse a la tranquilidad que da el no saber, se manipulan los recuerdos o se prefiere una suerte de olvido evasivo. Pero (casi) todas las voces reproducen, adicionalmente, la mirada del poder militar y evaden la responsabilidad colectiva justificando, así, en parte, los crímenes perpetrados por la dictadura. *El secreto y las voces* va más allá de la denuncia de los crímenes perpetrados por el gobierno militar y se interroga acerca de las responsabilidades de la propia sociedad. Por un lado, pone en escena el comportamiento de verdugos y víctimas con todas sus miserias y claudicaciones. Por la otra, y a diferencia de la “teoría de los dos demonios” que explicaba el régimen militar como acción frente a dos terroristas enfrentados, tiñendo de inocencia a la sociedad, evidencia que

todo el pueblo es responsable. Neri se encargó muy bien de ello, de hacernos a todos cómplices. Lo que no nos exime de culpa, todo lo contrario. Cuanto menos, pecamos de omisión” (Gamerro, 2002:60).

Pero el tema de la complicidad civil ya había sido anticipado en la literatura muchos años antes, en una novela del escritor austríaco Hermann Broch titulada en alemán *Der Versucher*, es decir, *El tentador*, traducida al inglés como *The Spell*, y en español como *El maleficio* (Broch, 2009). Escrita en una primera versión entre 1934 y 1936 —un momento en que las sombras ominosas del nazismo aparecen en el horizonte— y retomada en 1951 para su revisión, quedó sin finalizar a la muerte de Broch, aunque fue publicada póstumamente en 1976 por su hijo. La novela, escrita en respuesta al ascendiente poder de Hitler, develando las raíces del nazismo y la forma en que la sociedad alemana quedó atrapada en una locura seductora, es narrada por un viejo médico rural que relata la historia de la transformación de un pequeño pueblo de la montaña alpina por la llegada de un extraño, oscuro y crecientemente violento personaje, Marius Ratti, que se instala en el pueblo como un espíritu maligno y cuya presencia allí desencadenará una tormenta de resultados sombríos. Sin raíz, sin origen conocido, venido quien sabe de dónde, semeja una sombra anímica que se va apoderando de las voluntades de los habitantes del lugar, tiñendo la vida de la comunidad con su presencia, entorpeciendo su vida normal, y fundando su dominio sobre la fuerza de la palabra, con la que legislará las vidas ajenas, de manera sutil primero, con violencia después. Marius Ratti se disuelve en la vida de cada miembro de la aldea, incluso en la del propio médico-narrador, quien relega su individualidad en función del colectivo. El pueblo, a su vez, se disuelve en el verbo y las acciones de Ratti quien pasa a ser, de una persona desconocida y

misteriosa, una especie de profeta que exige persuasivamente sumisión, con un objetivo claro: la apropiación de la voluntad de toda la comunidad en beneficio de sus propios intereses. “Ya no sabía más si lo que cabía esperar de Marius era la guía o la seducción que lleva al engaño”, exclama el narrador. (Broch, 2009:255). Y agrega: “También hay locos enviados por el destino”. (Broch, 2009:257). La sumisión, acompañada por el miedo, van instalándose en el pueblo casi sin encontrar resistencia, mientras poco a poco, Ratti comienza a sembrar la discordia en nombre de una idea superior: la pureza del campesino frente al artificio del hombre urbano, la fuerza del campo como el elemento primigenio frente al nido de engaños de los innecesarios comerciantes de la ciudad. Los elementos simbólicos de los que se vale el agitador son la apelación a la tierra, la sangre y, en el imaginario colectivo del pueblo en concreto, la montaña. Ayudado por su secuaz Wenzel —figura que evoca a Goebbels— y junto a los jóvenes del pueblo arrastrados por su demagogia, los que llegan incluso a formar un grupo paramilitar, Ratti se enfrasca en una agitación orientada a reabrir las antiguas minas de oro en la montaña, en una simbólica restauración de los lazos místicos con las fuerzas de la naturaleza. Ratti aboga por una nueva comunión con la tierra, el rechazo de los “no naturales” inventos modernos, la supremacía masculina, etc. Con ellos va seduciendo y arrastrando a todo el pueblo hacia el sacrificio, la redención y la promesa de una vida nueva, mientras predica el amor a lo originario, lo primigenio, la nobleza del suelo y la tierra al pie de esa montaña sagrada que representa, en definitiva, al dios del lugar; o, mejor dicho, a la diosa

del lugar, a la madre Tierra. Una vez que Marius ha sembrado la semilla maligna, la situación alcanza un climax en el sacrificio -orquestado por Ratti y Wenzel- de una joven, seducida por el primero, quien se ofrece como víctima para que su sangre purifique la montaña. Mientras la multitud exige el sacrificio, Ratti asegura que “con el sacrificio de un culpable no hay expiación”, para luego sentenciar “la víctima debe ser inocente”. (Broch, 2009:304). Incluso el médico cae subyugado por la palabra hipnótica de Ratti. No son pocas las veces en la que confirma ser partícipe inconsciente de los planes de Ratti:

¿Y yo? ¿No había entrado también en el juego, no había caído yo también en la trama de ese sueño? Todo el pueblo participó y quizás yo también lo hice, no lo sé”. (Broch, 2009:262).

Las preguntas (implícitas) de Broch en la novela serían: ¿cómo explicar la locura colectiva que significó el ascenso al poder del nazismo en Alemania? ¿Por qué el nazismo fue tan atractivo para el pueblo alemán, hasta el punto de capaz de ganar el apoyo de millones de ciudadanos, de gente corriente y de intelectuales notables, de trabajadores urbanos, de campesinos y de empresarios? ¿Cómo y por qué muchos millones de alemanes sucumbieron a la locura hitleriana, para convertirse en “el nazi perfecto”, como denominó el periodista Martin Davidson a su abuelo Bruno Langbehn, un hombre gris, incluso banal, orgulloso de sus orígenes y su uniforme, convencido ideológicamente, fiel seguidor y servidor de quien proclamaba la grandeza de una patria y la pureza de una raza,

el hombre de la obediencia debida, el de la consigna cumplida: el que no piensa, solo actúa? (Davidson, 2012). ¿Por qué, como diría Gunther Grass posteriormente en su dolorosa autobiografía *Pelando la cebolla* (2007),

Más allá “de salir del aire viciado pequeño burgués de las coacciones familiares, apartarme del padre, del parloteo de los clientes ante el mostrador de la tienda, de la estrechez del piso de dos habitaciones”, (Grass, 2007:28) “nos dejamos, me dejé seducir”? (Grass, 2007:44).

¿Qué hizo posible el Tercer Reich? ¿Los alemanes fueron seducidos por el carisma de Hitler, hipnotizados por la incesante propaganda, llevados por el miedo, alentados por los beneficios inmediatos que obtuvieron gracias a la expoliación de los judíos y de los países ocupados? ¿Fue la propensión de los alemanes a obedecer a la autoridad lo que los llevó a abandonar toda responsabilidad moral? ¿Fueron hechizados porque Hitler y su partido proponían una solución a cada problema entre los diversos segmentos de la población? ¿Fueron seducidos por la noción de la “raza pura”, superior intelectual y físicamente? ¿O quedaron fascinados por la capacidad persuasiva de una idea de comunidad que los incluía a todos, que les permitía compartir un destino, que les restauraba su condición de miembros del “Volk”? ¿O siguieron sus propios deseos como nación? Si fue así, ¿cuál fue la fuente de ese deseo que llevó a tal brutalidad? ¿Llegaron a comprender que la exaltación nacional llegaría hasta las cámaras de gas? ¿Cómo fue posible que el

régimen nazi –responsable de la guerra, los crímenes y el genocidio– gozara incluso en abril de 1945 de una amplia aceptación entre la sociedad alemana?

El tema de la complicidad civil, que ya preocupaba a Broch desde mediados de la década de los treinta, también preocupaba a Wilhem Reich, quien en 1933 publicaba *La psicología de masas del fascismo* (Reich, 1973) preguntándose: ¿Cómo explicar que en Alemania, un país con un movimiento obrero fuertemente organizado, millones de trabajadores apoyen a Adolfo Hitler? Su respuesta, en el marco de su propia interpretación sicoanalítica, fue que el apoyo masivo al nazismo era consecuencia de la represión sexual propia del modelo de familia autoritaria, extendida no sólo entre la clase media sino entre gran parte de los trabajadores, y que se traducían en una subjetividad frustrada que buscaba compensaciones en un movimiento autoritario cuyo líder reproducía la estructura autoritaria de la familia apelando a las emociones y exigiendo un apoyo igualmente emocional e irracional. De igual modo, el problema de la complicidad civil también fue parte de las preocupaciones de otros escritores alemanes, como Heinrich Mann, quien ya en 1905, en su novela *Professor Unrat* (1983) –traducido como *El ángel azul*– plasmaba una sociedad en la que la búsqueda por recuperar el orgullo nacional germinaría en la ideología nazi, o Bertold Brecht, quien en *La evitable ascensión de Arturo Ui*, (Brecht, 1974), escrito en 1941, hacía una parodia sobre el ascenso de Hitler y la complicidad de intereses que lo llevaron al poder. Pero fue ciertamente Klaus Mann, en su novela *Mefisto* (2006) –,escrita en 1936, publicada fuera de Alemania durante el período de

su emigración, y aparecida en 1956 en la República Democrática Alemana Oriental y hasta 1980 en la Alemania Federal- quien abordó en toda su crudeza la realidad del ascenso del Tercer Reich– en medio de la fe ciega de quienes creían “en la salvación de la raza, en la ruptura de la subordinación al poder corrupto y en la revolución idealista”, (Mann, 2006:176) a través de la historia del protagonista, Hendrik Hofgen, un actor ambicioso y oportunista, cercano al comunismo y promotor del teatro revolucionario, pero que anhela la aceptación pública y el éxito teatral, sin querer percatarse que “en Berlín se producen cruentas batallas en los mítines y en las nocturnas guerrillas callejeras” (Mann, 2006: 210) mientras él “no conoce más que escenarios, estudios cinematográficos, camerinos, un par de locales nocturnos, un par de salas de fiestas y de salones snobs”. (Mann, 2006:211). Pero Hendrick Hofgen “no ve nada, no oye nada, no siente nada” (Mann, 2006:211) y en su carrera frenética por el éxito acepta favores del nazismo hasta convertirse en uno de sus emblemas. Reniega de sus convicciones de izquierda, se aparta de sus amigos, no ve los uniformes pardos, las banderas con la cruz gamada, ni presta atención a los discursos del Führer “con sus amenazas y bravatas” (Mann, 2006: 240) hasta terminar arrastrado hacia el abismo, y devorado por una política de alcances criminales en medio de la ceguera, la complicidad y el silencio de diversos estratos de la sociedad alemana: los oportunistas, los cínicos, los que tuvieron miedo, o los que se movían con desenvoltura aun en medio de los “horrores inexcusables” (Mann, 2006:328).

A pesar de haber sido publicada después de la guerra, la novela de Hermann

Broch (como también la de Klaus Mann), constituyó un grito desesperado contra la indiferencia y apatía de la conciencia europea, que parecía no ver el peligro que se cernía con la ascensión de Hitler al poder. La literatura asumía, así, una dimensión profética y adelantaba lo que sería un intenso debate en la posguerra alemana: las razones explicativas acerca de las formas de consenso que legitimaron el III Reich, en el entendido que toda dictadura requiere de la complicidad -activa y/o pasiva- de una buena parte de la sociedad. Es cierto que en los primeros años después de la guerra la sociedad alemana se esforzó por olvidar lo que fueron los doce años de nazismo, asumiendo una especie de “inocencia colectiva” como forma de auto-absolución para deslindarse de los crímenes de guerra, al tiempo que en diversos círculos intelectuales y políticos se “satanizaba” la figura de Hitler atribuyéndole una fuerza y poder que habían resultado “irresistibles”, exculpando por tanto a quienes en su momento apoyaron sus políticas. Pero aun en ese entorno se alzó en 1946 la voz de Karl Jaspers quien en su ensayo *La cuestión de la culpa y la responsabilidad política en Alemania*” (1998), distinguiendo entre la responsabilidad criminal de los ejecutores, la culpabilidad política de actores sociales que apoyaron al régimen y la culpa moral de quienes permanecieron pasivos, con conocimiento o sin él, cuando se cometieron crímenes contra otros, exhortaba a que cada alemán, aunque no siempre por los mismos motivos, debería llevar a cabo un autoexamen por razones de índole moral”, pues la culpa alcanzaba a toda persona y grupo humano. Pero fue en los años sesenta cuando se abrieron a la luz pública las dimensiones y

los detalles de la barbarie nazi, y nuevas generaciones de historiadores y sociólogos se interrogaban en torno a temas tales como explicar la fuerza y el respaldo del que gozó el nazismo por parte de gran parte de una sociedad como la alemana, considerada –con razón– como una de las más cultas de Europa. ¿Cómo deslindar entre la responsabilidad que pudo haber tenido Hitler en la desastrosa aventura del III Reich y la que debía asumir el resto de la sociedad alemana? Las miradas en torno a la responsabilidad social ante la barbarie nazi, así como las críticas a las interpretaciones previas que otorgaban a la población un papel pasivo, asumiéndola como víctima de la represión y la manipulación realizada por Hitler y su partido, generaron una intensa confrontación de ideas y debates, abriendo nuevas y múltiples perspectivas teóricas –imposibles de agotar en toda su exhaustividad– en torno a las razones que llevaron a que amplios sectores de la población alemana se adhirieran en fechas tempranas al proyecto nazi y colaboraran más tarde en las prácticas de control social y represión dirigidas desde el Estado. Desde la tesis de que el atractivo del nazismo residía principalmente en su promesa de ofrecer esperanza y optimismo para construir una nación poderosa y unida al tiempo que alentaba un vigoroso activismo político (Fritzsche, 2009) hasta la propuesta de que el consenso estuvo siempre presente en el III Reich a través de la propaganda en los medios de comunicación y las delaciones de los ciudadanos civiles (Gellately, 2002). O desde la tesis de Ian Kershaw, de que “si bien el camino a Auschwitz fue construido por el odio, fue pavimentado con indiferencia” (Kershaw, 1983:277) hasta la del

historiador Gotz Aly de que la cúpula del régimen compró el silencio y la complicidad de la mayor parte de los alemanes a cambio de seguridad y bienestar material a través del pillaje, la expoliación de la Europa ocupada, y el saqueo de bienes de los judíos, lo cual permitió hasta cierto punto asegurar el nivel de vida del pueblo alemán y obtener su consenso (Aly, 2006). O desde las investigaciones de David Bankier (1992) quien ha sostenido que la opinión pública alemana tenía un amplio conocimiento sobre el exterminio de judíos que se estaba realizando, hasta las ya mencionadas tesis de Daniel Goldhagen destacando la activa implicación de la sociedad alemana en el Holocausto (Goldhagen, 1997).

En el caso argentino, también la dictadura militar habría sido imposible sin la trama de la complicidad civil, tanto para llegar al poder como poner en operación los mecanismos de represión y desaparición. Si bien numerosas investigaciones han privilegiado las complicidades de organizaciones como los partidos políticos, la Iglesia católica, las asociaciones empresariales, profesionales y sindicales, entre otras, también se han realizado investigaciones y desarrollado diversas reflexiones en torno a la compleja temática de la complicidad civil como sostén ideológico de la dictadura entre amplios sectores de la población. En esta línea, se pueden mencionar, por ejemplo, desde la tesis de Guillermo O'Donnell (1987) de que la implantación de un régimen autoritario convergió con los históricos rasgos autoritarios y represivos de la sociedad argentina que, en realidad, aspiraba a un poder fuerte que garantizara algún orden, hasta la tesis de la “naturalización de la violencia” entre la “gente co-

mún” de clase media no involucrada en la política, que, aceptando los asesinatos cotidianos, toleró a una dictadura militar que prometía restaurar los valores del orden y la racionalidad (Carassai, 2013); desde la tesis de Vezetti de que no sólo durante la dictadura el

programa brutal de intervención sobre el Estado y amplios sectores no era en absoluto ajeno a tradiciones, acciones y representaciones políticas que estaban presentes en la sociedad desde bastante antes (Vezetti, 2002:39)

Al tiempo de que la dictadura fue alentada por una violencia previa que involucró a la sociedad civil y política hasta el punto de recibir con beneplácito al régimen dictatorial hasta la tesis de José Luis Romero (2001) de que la cultura política argentina tenía poco de democrático, y que los conflictos de la sociedad se dirimían en los más variados escenarios, no necesariamente democráticos, lo cual alentó el autoritarismo, y la violencia.

Pero también la literatura, más allá de Gamerro, se aproximó al tema interrogándose acerca de las responsabilidades de la propia sociedad desde diversos registros y en diferentes tonos. ¿Cómo dar cuenta literariamente de que el horror de la represión impregnaba a toda la sociedad y no sólo a los perpetradores militares? Así, por ejemplo, en el año 2002, el mismo año en que se publicaba la novela de Gamerro, salía a la luz la novela *Dos veces junio*, de Martín Kohan (2005) cuyo narrador es un conscripto que en 1978 trabaja como chofer de un médico de la ESMA, el principal centro de detención clandestino y que, especifica-

mente durante la noche del partido en que la Argentina pierde el partido con Italia durante el Mundial de Fútbol, participa en el secuestro ilegal del hijo de una prisionera detenida en un centro clandestino de la ciudad de Quilmes. El narrador, que carece de nombre, es un personaje sin importancia en la estructura del aparato represor, absolutamente sumiso ante su jefe, un médico que sirve a las fuerzas de seguridad, pero cuya indiferencia, insensibilidad e incapacidad para reaccionar éticamente ante la interrogante que desencadena el relato del libro. “¿A partir de qué edad se puede empear (sic) a torturar a un niño?” (Kohan, 2005: 11), y que sólo lo lleva a corregir la ortografía equivocada, lo convierte en un cómplice de los victimarios. Pero casi más importante que la historia del protagonista es el entorno casi carnavalesco en que transcurre la trama: la enajenación de toda una sociedad ante el Mundial de fútbol, miles y miles de personas invadiendo las calles y los estadios en un estado de fervor patriótico totalmente ajeno a la realidad de los centros clandestinos de detención ubicados a lo largo de todo el país. En este sentido, cabe recordar que Eduardo Anguita y Martín Caparrós finalizan su libro *La voluntad* relatando un episodio estremecedor en esta misma línea: la noche del partido final en que Argentina se coronó campeón, un grupo de prisioneros de la Escuela de Mecánica de la Armada fueron sacados a las calles para constatar el entusiasmo popular.

El fervor era mucho mayor que todo lo que Graciela hubiera podido imaginar... Tanta gente en la calle, tanto entusiasmo patriótico. En ese momento, en todo el país, millones de personas

daban los mismos gritos, revoleaban banderas, se besaban, eran felices, se felicitaban, estaban orgullosos de ser argentinos. (Anguita y Caparrós, 1998:462).

En ese contexto, al conscripto de la novela de Kohan –más interesado en la alineación del equipo argentino de fútbol que en la naturaleza de su quehacer criminal– le importa poco que en el coche que él maneja se transporte a un bebé robado. Más grave aún: terminada la dictadura militar, su complicidad se traducirá en amnesia. Después de cuatro años de aquella noche infernal, en que participó en el robo de un bebé que sería entregado a la hermana de su jefe,

el sueño tarda en llegar. Cuando por fin me duermo, sueño con aquella puta del tic nervioso en la boca. Por supuesto que ya no me acuerdo de cómo era su cara: sueño con una mujer de rostro difuso, una mujer indefinida; pero en el sueño yo sé que se trata de ella... Pasaron cuatro años en el sueño, igual que en la realidad. A pesar de eso, ella se acuerda de mí. Se echa desnuda en una cama ilimitada, y sin esperar a que yo esté encima de ella, jadea y exclama: ¡Matame, soldadito matame! (Kohan, 2005.188).

Por otra parte, y en otro registro, la novela *La mujer en cuestión*, de María Teresa Andruetto, publicada originalmente en 2003 aunque escrita en el año 1998, va un paso más allá, en un sentido muy similar al planteado por Gamberro. Al relatar la historia de una militante, Eva Mondino, sobre-

viviente de uno de los principales centros clandestinos de detención que funcionaron en Córdoba, a través de un Informe que un (desconocido) informante elabora para un (anónimo) mandante, y para el cual entrevista a más de treinta personas poniendo en juego una multiplicidad de voces, la complicidad social se extiende a toda la sociedad. A las voces que hablan de Eva, muchas de ellas contradictorias, se agregan rumores sin confirmar, chismes, denuncias anónimas, etc., que presentan un escenario social de inercia y complicidad social tácita que se traduce en un apoyo casi sin cuestionamientos a la dictadura. En el Informe sobre “la mujer en cuestión” –en el que cada testimonio aparece con nombre y apellido y numerosas notas aclaratorias– ninguna voz es inocente. Sea por miedo, o por afinidad ideológica con la dictadura, las voces hacen caso omiso del peligro que rodea a Eva como militante clandestina y como detenida, o de la situación precaria en que se encuentra una vez libre, con la incertidumbre de saber qué sucedió con el hijo que tuvo en prisión. Ni sus padres le prestan dinero para salir del país antes de ser detenida, ni hay quien le permita esconderse en su casa, ni logra evadir la denuncia de un vecino, ni nadie la defiende al momento de su secuestro. Más aun: es chantajada sexualmente cuando quiere obtener información sobre su novio desaparecido y aun en tiempos de democracia, por haberse salvado, es condenada por (supuesta) colaboradora. En un planteamiento cercano al de Gamerro, la novela de María Andruetto privilegia la idea de que la dictadura fue construida por toda una sociedad que se negó a ver la realidad y participó en el quehacer criminal, aun-

que haya sido, en el mejor de los casos, por omisión.

Así como el nazismo sigue siendo un tema presente en Alemania, en Argentina, más de treinta años después del fin de la dictadura, el debate sobre aquellos años oscuros sigue presente en la escena pública y política del país, gravitando todavía en la conciencia de millones de argentinos y formando parte de un pasado no resuelto, aunque la mitad de la población haya nacido después del golpe militar de 1976. La obsesión memorialística sigue presente en los debates diversos sobre la revisión de la historia de los años sesenta y setenta (Vezetti, 2009), en la discusión en torno a las políticas de la memoria que han convertido en museos a los principales centros de detención clandestina, en la publicación permanente de narrativas vivenciales como biografías y autobiografías, en filmes, en numerosos trabajos ensayos de investigación histórica y periodística, en documentales, en novelas y ciertamente, en la lucha de las Abuelas de Plaza de Mayo por recuperar a sus nietos y en el esfuerzo para que los niños secuestrados recuperen su identidad. La década de los setenta es un tema de reflexión permanente en Argentina, sea para exaltarla y proclamar fidelidad a esa época (incluso por parte del gobierno argentino que “busca en los trágicos setenta un referente político” (Cué, 2015), sea para deslindarse totalmente. Sin embargo, no puede negarse que, como en muchas otras sociedades latinoamericanas, en la sociedad argentina se ha desactivado el espacio de lo público, y producido un desencantamiento con las utopías de largo plazo y mayor espectro. Afortunadamente, uno de los temas tabú de la historia ar-

gentina, la cuestión del colaboracionismo civil con el terrorismo de Estado, ha ido emergiendo con creciente fuerza en los últimos años, y la literatura ha jugado un papel importante al respecto. Pero todavía no es suficiente. Si no se agota el tema de la complicidad y vinculación de las

sociedades “desde abajo” con los regímenes dictatoriales, las sociedades quedarán auto-condenadas a sufrir las consecuencias por el resto de su historia. Sólo una mirada hacia su propio interior impedirá que ellas reflejen la monstruosidad que puede nacer de sí mismas.

Bibliografía

- Alcoba, Laura. (2008) *La casa de los conejos*. Buenos Aires: Editorial Edhasa.
- Aletta de Sylvas, Graciela. (2010) La Ficción: Espacio simbólico de la ausencia en la novela argentina contemporánea. En *Amerika. Mémoires, identités, territoires* [en línea]; núm. 3. Disponible en <http://amerika.revues.org/1177>
- Andruetto, María Teresa. (2009) *La mujer en cuestión*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2010), *Lengua madre*, Random House Mondadori.
- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín. (1998) *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria 1976-1978*. Buenos Aires: editorial Norma, tomo III.
- Appelfeld, Aharon. (2013) *Tzili. La historia de una vida*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Balderstone, Daniel et al. (1987) *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*. Buenos Aires: Alianza editorial.
- Bankier, David. (1992) *The Germans and the Final Solution: Public Opinion under Nazism*. Cambridge: Mass, Blackwell.
- Binet, Laurent. (2011), *HHhH*. España: Seix Barral.
- Bonasso, Miguel. (1984) *Recuerdos de la muerte*, México, Era.
- Broch, Hermann. (2009) *El maleficio*. Argentina: Adriana Hidalgo editora.
- Calveiro, Pilar. (1995) *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*. Buenos Aires: Ed. Colihue.
- (2005) *Política y/o violencia*. Buenos Aires: editorial Norma.
- Carassai, Sebastián. (2013) *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*. Argentina: Siglo XXI editores.
- Cués, Carlos. El Gobierno argentino busca en los trágicos setenta un referente político. *El País*, Madrid, España. 1º de mayo 2015.
- Davidson, Martin. (2012) *El nazi perfecto*. Barcelona: Anagrama.
- Gamerro, Carlos. (2002) *El secreto y las voces*. Buenos Aires: editorial Norma.
- Feijoo, Cristina. (2001) *Memorias del río inmóvil*. Buenos Aires: Ckarub/Alfaguara.
- Feinmann, Juan Pablo. Pensar y escribir después de la ESMA. *Página12*. Buenos Aires, Argentina. 25 de marzo de 2000.
- Fritzsche, Peter. (2009) *De alemanes a nazis*. Argentina: Siglo XXI editores.
- García, Luis (Comp.). (2007) *No matar. Sobre la responsabilidad*. Córdoba: Ediciones La Intemperie/Ediciones del Cíclope; Editorial Universidad Nacional de Córdoba.
- Gellately, Robert. (2002) *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*. Barcelona: Crítica.
- Goldberg, Florinda. (2001) *Judíos del Sur: el modelo judío en la narrativa de la catás-*

- trofe argentina. En *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 12; núm. 2, Julio-diciembre. Pp. 139-152.
- Goldhagen, Daniel. (1997) *Los verdugos voluntarios de Hitler*. España: Taurus.
- Goldman, Daniel y Dobry, Hernán. (2014) *Ser judío en los años setenta. Testimonios del horror y la resistencia durante la última dictadura*. Buenos Aires: Siglo XX editores.
- Götz, Aly. (2006) *La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes*. Barcelona: Crítica.
- Grass, Gunther. (1978) *El tambor de hojalata*. Madrid: Alfaguara.
- (1999) *Escribir después de Auschwitz*. Barcelona: Paidós.
- (2007) *Pelando la cebolla*. México: Santillana.
- Grenoville, Carolina. (2010) Memoria y narración. Los modos de reconstrucción del pasado. En *Andamios*, vol. 7; núm. 13. Pp. 233-257.
- Gusman, Luis. (2002) *Ni muerto has perdido tu nombre*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2006) *Villa*. Buenos Aires: Edhasa.
- Hecker, Liliana. (1996) *El fin de la historia*. Buenos Aires: Suma de Letras.
- Hilb, Claudia. (2013) *Usos del pasado. Que hacemos hoy con los setenta*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. (1985) En Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. *Nunca Más*. Buenos Aires: Eudeba.
- Isherwood, Christopher. (2014) *Adiós a Berlín*. Barcelona: Acantilado.
- Jaspers, Karl. (1998) *El problema de la culpa*. Barcelona: Paidós.
- Kershaw, Ian. (1983) *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria, 1933-1945*. Nueva York: The Clarendon Press, Oxford University Press.
- (2003) *Hitler, los alemanes y la solución final*. Madrid: La estera de los libros.
- (2004) *La dictadura nazi. Principales controversias en torno a la era de Hitler*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Kohan, Martín. (2005) *Dos veces junio*. Buenos Aires: De Bolsillo.
- La complicidad civil. Pavlovsky, Eduardo. En *Página12*. Buenos Aires: Argentina, 1 de abril de 1999.
- Levi, Primo. (2002) *Si esto es un hombre*. Barcelona: Muchnik editores.
- Levín, Florencia Paula. (2005) Arqueología de la memoria. Algunas reflexiones a propósito de Los vecinos del horror. Los otros testigos. En *Revista Entrepasados*, núm. 28.
- Littel, Jonathan. (2007) *Las benévolas*. México: Colofón.
- Mann, Heinrich. (1983) *El ángel azul*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Mann, Klaus. (2006) *Mefisto*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Martínez, Tomas E. (2008) *Purgatorio*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Modiano, Patrick. (2012) *Trilogía de la ocupación*. Barcelona: Anagrama.
- O'Donnell, Guillermo. (1987) Democracia en la Argentina: micro y macro. En Oszlak, Oscar (Comp.). *Proceso, crisis y transición democrática/1*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Osorio Elsa. (2006) *A veinte años, Luz*. Buenos Aires: Planeta.
- Piglia, Ricardo. (1980) *Respiración artificial*. Buenos Aires: Pomaire.
- Pron, Patricio. (2011) *El espíritu de mis padres sigue sufriendo en la lluvia*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Reich, Wilhelm. (1973) *La psicología de masas del fascismo*. México: Roca.

- Ringelblum, Emmanuel. (1989) *Notes from the Warsaw Ghetto. Journal of Emmanuel Ringelblum*. Nueva York: Schocken Books.
- Romero, Luis Alberto. (2001) Las raíces de la dictadura. La sociedad como cómplice, partícipe o responsable. En *Puentes*, Año I, Núm. 3.
- Roskies, David (ed.). (1989) *The Literature of Destruction. Jewish Responses to Catastrophe*. Philadelphia-New York-Jerusalem: Tye Hewish Publication Society.
- Roth, Joseph. (1991) *La tela de la araña*. Barcelona: Sirmio.
- Sarlo, Beatriz. (2012) *Ficciones argentinas. 33 ensayos*. Buenos Aires: Mardulce.
- Schlink, Bernardo. (2009) *El lector*. México: Anagrama.
- Sebald, W.G. (2003) *Sobre la historia natural de la destrucción*. Barcelona: Anagrama.
- Semilla Durán, Angélica. (2010) Las voces del silencio. En *Amerika. Amerika. Mémoires, identités, territoires* [en línea]; núm. 3. Disponible en <http://amerika.revues.org/1177>
- Semprún, Jorge. (1995) *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets.
- Stegmayer, María. (2010) Acerca de los usos estratégicos del policial en El secreto y las voces de Carlos Gamerro. En *Anclajes*; vol. XIV; núm. 2. Pp. 175-184.
- Strejilevich, Nora. (2007) *Una sola muerte numerosa*. Córdoba: Editorial Alción.
- Vezzetti, Hugo. (2002) *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2009) *Sobre la violencia revolucionaria*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Wiesel, Elie. (1987) *La noche, el alba, el día*. Barcelona: Círculo de Lectores.